

“Rey a la fuerza”

(6.1-15)

John Barton, un misionero que trabaja en medio de los Basoga, una tribu de Uganda, tuvo un encuentro con un anciano de una aldea, el cual, leyendo en dos Biblias diferentes, se esforzaba por entender lo que en ellas decía. Como ninguna de las dos Biblias estaba escrita en su propio idioma, el anciano batallaba con las palabras. Aunque John no hablaba bien el idioma lusoga, ni el anciano, el inglés, ellos hablaron por un rato acerca de lo que el hombre estaba tratando de leer. Le dijo a John que el problema de los Basoga era que, para poder recibir el mensaje de la Biblia, ellos debían “comprar el idioma” de él. Al comienzo, John no entendía lo que estaba oyendo. No obstante, por fin se percató de que lo que el anciano le estaba diciendo, era que ellos tenían que pagar una matrícula escolar y estudiar en escuelas de habla inglesa, para poder obtener la habilidad de leer y conversar sobre la Biblia en inglés.

John cuenta que esto fue lo que él le respondió:

Le dije al anciano que yo estaba aprendiendo el idioma de él, con el fin de poderle llevar el Mensaje a los Basoga, “sin costo alguno”. El anciano se emocionó, y ahora desea que yo regrese a visitarlo.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros”. En otras palabras, Jesús vino a nosotros. Habló nuestro idioma. Vivió en nuestro mundo. Se hizo uno de nosotros. Cerró la brecha; no nos obliga a cerrarla a nosotros. Y en el proceso, nos mostró su gloria, “gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”.¹

Es la gloria de Dios lo que se revela cuando

¹ John Barton, Work Report, December 1994.

personas como John Barton le dan a conocer a otros la historia de Jesús. En Juan 6.1–15, podemos ver la gloria de Dios nuevamente, esta vez, cuando Jesús alimenta a los cinco mil.

LA HISTORIA (6.1–15)

El capítulo 5, contiene la enseñanza que Jesús dio en Jerusalén, durante una fiesta de los judíos. El capítulo 6, prosigue el relato cuando Jesús está de regreso en la región de Galilea, donde él cruzó el mar de Galilea con sus discípulos. Por aquel tiempo, su popularidad estaba en las alturas. La gente siguió hablando acerca de las “señales” milagrosas que él hacía. El versículo 2, contiene tres verbos en el tiempo imperfecto griego, los cuales indican acción continua. En otras palabras, el significado del pasaje es que: “*continuamente le seguía una gran multitud, porque continuamente veían las señales que él continuamente hacía*” (énfasis nuestro).

El siguiente detalle que Juan incluye, es que “estaba cerca la pascua, la fiesta de los judíos” (6.4). La purificación del templo también había tenido lugar cuando “estaba cerca la pascua de los judíos” (2.13a). Es probable que este detalle, aparentemente sin importancia, explique por qué tanta gente vino a ver y a oír a Jesús ese día. La pascua en el Israel del siglo I, era un tiempo, en el que los sentimientos patrióticos se exaltaban. Cada año los judíos se reunían en Jerusalén con la esperanza de que el Mesías llegara ese año y derrocará a los gobernantes romanos y restaurara el reino libre e independiente de Israel.

En consecuencia, cuando Jesús entusiasmaba a la gente de Galilea haciendo milagros, y la pascua

se acercaba, ¡los judíos se llenaban de grandes esperanzas de que él podía ser el Rey de Israel que ellos habían estado esperando por tantos años! Los cinco mil hombres (6.10), que seguían a Jesús ese día, no eran oyentes casuales que vinieran movidos por la curiosidad. En realidad, se trataba de combatientes judíos con la sangre caliente, que estaban dispuestos a seguir al Mesías a la batalla. Los labradores dejaron atrás sus azadones, y los tenderos cerraron sus negocios, con el fin de ir hasta el otro lado del mar de Galilea a oír a Jesús.

Cuando Jesús vio la gran multitud que venía hacia él subiendo por un costado del monte, le preguntó a Felipe, un nativo de la región (1.44), lo siguiente: “¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?” (6.5b). Aunque Felipe estaba bien consciente de las otras señales que Jesús había hecho, él mostró tener poca fe en Jesús, al responder que “doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco” (6.7). Pero Jesús sabía lo que él estaba a punto de hacer por la multitud.

En ese momento, Andrés le habló a Jesús acerca de un muchacho² que tenía “cinco panes de cebada y dos pecesillos”, y luego dijo: “... mas ¿qué es esto para tantos?” (6.9). Andrés es mencionado en el libro de Juan, principalmente, como uno que le llevaba otras personas a Jesús.³ El lector moderno debe tener el cuidado de no definir las palabras “panes” y “pecesillos” según lo que algunas veces se mira en el mercado hoy día. Es probable que los panes fueran hogazas redondas pequeñas, de cebada (panecillos grandes para la cena), las cuales constituían el alimento básico del pobre de aquellos tiempos. Es probable que los pecesillos fueran trozos del tamaño de un bocadillo, cuyo propósito principal era darle sabor a la comida. No obstante, ¡para el Hijo de Dios, esto era más que suficiente!

Jesús les dijo a sus discípulos que hicieran recostar la gente sobre la hierba, lo cual hicieron. Lo que sucedió después fue tan increíble que la gente, a través de las edades, ha tratado de encontrarle alguna explicación humana a la manera como cinco mil personas pudieron haber sido alimentadas con cinco panes y dos pecesillos. No obstante, Juan declaró que éste fue un innegable milagro, en el cual Jesús tomó el alimento, dio gracias y multiplicó los panes y los pecesillos. Las personas recibieron “cuanto querían” (6.11), y “cuando se hubieron saciado” (6.12), fueron reco-

² La palabra griega significa “un muchacho muy pequeño”.

³ Juan 1.40–41; 12.20–22.

gidas doce canastas de sobras. Recuerde que la muchedumbre estaba compuesta por cinco mil hombres con suficiente fortaleza como para ir a la guerra —y con suficiente hambre como para comerse una gran cantidad de alimento!

Cuando aquellos hombres vieron la “señal” (6.14), ellos se dieron cuenta de que la mano de Dios estaba con Jesús de un modo especial. Llegaron a la conclusión de que él era “el profeta que había de venir al mundo” (6.14). Esta expectativa de la venida de un profeta se basaba en una enseñanza proveniente de la ley, en la que Moisés había hecho la siguiente declaración: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis” (Deuteronomio 18.15).

Unos versículos más adelante, Moisés citó las siguientes palabras del Señor: “Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (Deuteronomio 18.18). Con estas palabras haciendo eco en sus oídos, con sueños patrióticos ardiendo en sus corazones y con restos de la comida enmarañados en sus barbas, no es de extrañar que estos revolucionarios en potencia amenazaran con “venir para apoderarse de [Jesús] y hacerle rey” (6.15). Tal intención no podía ser tomada a la ligera. Si ellos hubieran hecho rey a Jesús, las autoridades romanas hubieran interpretado las acciones de ellos como una declaración de guerra. Para que un rey pueda ser entronizado, otro debe ser destronado. ¡Sin embargo, ésa era la intención de ellos!

EL RESTO DE LA HISTORIA

Antes de continuar con el texto, imaginemos lo que aquellos cinco mil hombres estaban esperando que sucediera ese día. Una vez que declararan rey a Jesús, ¿qué podían esperar ellos que sucediera? Es probable que, como ya se habían hartado de la comida que produjo el milagro de Jesús, ellos esperaran que Jesús hallara una espada en algún lugar y la multiplicara para armar a este desordenado ejército de labradores y tenderos. Luego, con sus espadas reluciendo al sol, marcharían contra Tiberias, al otro lado del mar de Galilea. En forma rápida aplastarían la ciudad y luego se dirigirían a su más ambiciosa meta, Jerusalén. Como era la época de la pascua, hallarían a las tropas romanas acuarteladas allí. La batalla sería intensa, pero al final, los romanos serían vencidos.

Jesús y su ejército de hombres comunes purificarían el templo para librarlo de la contaminación y de los abusos de los cuales era objeto, y los saduceos serían derribados de sus posiciones de

autoridad. Cuando la noticia de la toma de Jerusalén llegara a Roma, las poderosas legiones romanas serían enviadas en contra de Jesús y de su ejército. En un espectacular y decisivo conflicto, los judíos aplastarían a los romanos para convertirse ellos en el nuevo imperio mundial. ¡Es probable que esto fuera lo que el común de los cinco mil miembros del ejército en potencia de Jesús, esperaba que sucedería! No obstante, lo que Jesús tenía pensado hacer era otra cosa.

EL ERROR DE ELLOS Y NUESTRO

Estando las expectativas elevadas y la agitación que ya alcanzaba niveles de frenesí, Jesús hizo lo que menos se esperaba: “Volvió a retirarse al monte él sólo” (6.15). Es probable que él fuera el único, de entre todos los que se encontraban en aquel monte aquel día, que sabía lo que estaba haciendo. A los doce y a los otros cinco mil seguidores, debió haberles parecido que Jesús había renunciado a la meta que él mismo, con gran ahínco, se había propuesto alcanzar.

La mejor comparación que se me ocurre, sería con una persona que le ha dedicado cuatro años de su vida a convertirse en un líder de su país. Ha hecho campaña durante largas horas, y ha viajado durante las cincuenta y dos semanas del año, con el fin de promover su candidatura al puesto. Luego, por fin, todo el esfuerzo da su fruto: en las elecciones primarias gana el suficiente número de delegados para asegurarse de su nominación como candidato del partido. No obstante, cuando la convención tiene lugar, y se hace la votación, algo inconcebible sucede: Habiendo miles que expresan a grandes voces su apoyo, y que agitan pancartas con el nombre del candidato en ellas, éste, de repente, se levanta de su silla y abandona el recinto de la convención. Tal acto sería inconcebible —pero no más inconcebible que lo que Jesús hizo cuando aquellos cinco mil estaban a punto de hacerlo rey de ellos.

Jesús demostró nuevamente su singular habilidad para permanecer concentrado en su meta final. Él sabía que las intenciones aduladoras de la muchedumbre, no lograrían el propósito final de Dios; una revuelta junto al mar no salvaría al mundo del pecado. Además, él sabía que, dado el estado de ánimo en el que se encontraban en aquel momento, no habría modo de hacerlos entrar en razón. Por lo tanto, ¡él simplemente abandonó el lugar!

Hay dos aspectos de este texto que me preocupan. Mi primera preocupación es con nuestra tendencia humana a hacer que Jesús encaje a la

fuerza en nuestro molde mental. Deseamos que nuestras expectativas de lo que él es, sean adoptadas por Jesús, en lugar de permitirle que sea él el que nos muestre su personalidad. ¿No es cierto que a veces damos por sentado que Jesús es como nosotros? Los estadounidenses tienden a creer que Jesús es estadounidense, mientras que los italianos se lo imaginan italiano. Los angloparlantes suponen que Jesús hablaba el inglés, mientras que los hispanohablantes parecen estar seguros que el idioma favorito de Jesús era el español. Los ricos lo ven rico, y los pobres lo ven pobre. Los cultos se imaginan que Jesús es culto, y los incultos están seguros de que él, al igual que ellos, le guardó recelo al estudio. Los emocionables lo consideran emocionable, mientras que las personas más serenas alegan que Jesús tenía en común con ellas un comportamiento tranquilo. La escena en la que Jesús se aleja de los cinco mil, nos recuerda cuán equivocados estamos cuando pretendemos que Jesús sea lo que deseamos. Él estaba determinado a cumplir con la voluntad de su Padre, aunque el mundo entero no lo entendiera.

Otra advertencia que este corto pasaje nos hace, es que nosotros podemos estar, también, tan absorbidos en problemas a corto plazo, que pasamos por alto las soluciones a largo plazo. Los judíos del tiempo de Jesús estaban cansados de la tiranía de los romanos. Anhelaban tanto ver el momento cuando alguien le restaurara la independencia política a Israel, ¡que pasaron por alto al “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”! (1.29). ¿Hacemos siempre nosotros esto? ¿Nos preocupamos siempre, y tanto, por problemas inmediatos, al punto que perdemos la visión de las cuestiones más importantes de la vida? ¿Nos hallamos siempre deseando ser aliviados de impuestos, dolores, conflictos, estrés o trabajos, más que del pecado? ¡Cada vez que insistimos en que Jesús sea lo que esperamos y cumpla con nuestros propósitos, estamos haciendo lo mismo que los cinco mil hicieron aquel día sobre el monte... cuando Jesús se alejó de ellos!

CONCLUSIÓN

Hace cerca de dos años fue la primera vez que vi un estereograma cuatridimensional.⁴ Caminaba con mi familia dentro de un centro comercial,

⁴ Un “estereograma cuatridimensional” es un cuadro que debe verse en más de un nivel. Lo usual es que al primer vistazo parezca una mezcla confusa de colores. Si uno atina a mirar “a través” del diseño del modo preciso y correcto, una segunda imagen —un cuadro tridimensional— se le formará.

cuando tropezamos con una multitud de personas, las cuales se arremolinaban alrededor de varios carteles colocados sobre caballetes. Los carteles mostraban coloridos diseños, los cuales ocultaban espectaculares cuadros. Todos nos ubicamos en frente de ellos y los miramos fijamente. Algunos descubrieron las bellas imágenes que estaban ocultas en los diseños, pero otros jamás pudieron “verlas”.

Juan 6.1–15, es como un estereograma. Al pie del cuadro se encuentra una sola palabra: ¡Victoria! Todos estamos ubicados de frente y lo miramos

fijamente con el fin de distinguir la imagen oculta. ¿Qué esperamos ver? Es probable que algunos esperen ver un signo de dólares, y otros, la sede de la capital de su nación. Otros están seguros de que verán una mansión, y otros, creen que van a captar el vislumbre de un ejército equipado con tanques y bombarderos. Luego, alguien comienza a ver la imagen oculta y susurra suavemente: “Oh, ya la veo”. Uno tras otro, empiezan todos a ver el cuadro, y no es lo que ninguno se había imaginado. Descubren, más bien, que la “¡Victoria!” es una cruz. ■

©Copyright 2000, 2002 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados